

LAS VISITAS DOMICILIARIAS FEMENINAS EN COLOMBIA.

Del trabajo voluntario a su profesionalización. *

Beatriz Castro C**

Resumen

El modelo de las visitas domiciliarias fue acogido en Colombia en la segunda mitad del siglo XIX, pero las mujeres entran a participar de forma regular a principios del siglo XX a través de la creación de asociaciones. Fue la entrada al trabajo voluntario de las mujeres. Posteriormente este modelo en donde la presencia femenina aumentó, se va a profesionalizar creando las primeras escuelas de servicio social y más tarde los programas profesionales de trabajo social en Colombia. Este artículo trata de dar cuenta de este proceso.

Abstract

The model of household visits was established in Colombia in the second half of the nineteenth century. Women began to participate in a regular way from the beginning of the twenty century through the creation of associations. This was the entrance to voluntary work for women. Afterwards, this work becomes professional through the creation of the first social work schools in Colombia. This paper aims at illustrating this process.

Palabras clave: Visita Domiciliaria, Trabajo Voluntario, Asistencia Social, Mujeres, Trabajo Social, Profesionalización.

Key words: Outdoor Poor Relief, Voluntary Work, Welfare, Women, Social Work, Professionalization.

* Este texto es uno de los resultados del proyecto de investigación “La Filantropía en Colombia, 1870–1930”, realizado en el marco del Grupo de Investigación *Sociedad, Historia y Cultura* y que contó con el apoyo de COLCIENCIAS y la Universidad del Valle. Artículo recibido el 14 de Enero de 2008, aprobado el 15 de Marzo de 2008.

** Profesora del Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle, Cali – Colombia. La autora agradece la colaboración de Rocío Londoño y Guillermo Vera en la realización de este artículo. Dirección electrónica: becastro@univalle.edu.co.

El modelo de las visitas domiciliarias se consolidó en Europa hacia los finales del siglo XVIII y los principios del siglo XIX como una forma organizada y regular. El texto del filántropo italiano Joseph-Marie de Gérando, *Le Visiteur du pauvre*, es la mejor ilustración y guía de esta actividad. Fue publicado por primera vez en 1820 en francés con 158 páginas y en 1826 en su tercera edición fue ampliado a 548 páginas, y traducido luego al inglés, italiano, alemán y español. *Le Visiteur...* trataba sobre los métodos para asegurar una ayuda efectiva a los pobres, planteaba que el mejoramiento moral y material era el fundamento del progreso individual y colectivo de la sociedad (Ver Wolf, Stuart 1990). Durante el siglo XIX la visita domiciliaria fue la actividad social preferida para la ayuda a los pobres y fue utilizada como el mecanismo de trabajo básico de muchas sociedades dedicadas a atender a los desvalidos.

Los inicios de las visitas domiciliarias en Colombia los podemos ubicar hacia mediados del siglo XIX, cuando fueron creadas varias instituciones para ayudar a los más necesitados, en un momento que la pobreza se había hecho visible en los principales centros urbanos y se planteaba por primera vez como un problema social.¹ Las visitas domiciliarias estaban por fuera de las actividades que tradicionalmente habían realizado religiosos para atender los desamparados, era un trabajo voluntario organizado y realizado por laicos.

El mejor ejemplo de esta práctica en Colombia es el de la Sociedad de San Vicente de Paúl. El primer núcleo de esta Sociedad se funda en Bogotá en 1857 por un grupo de siete hombres liderado por el jesuita chileno Víctor Eizaguirre. Posteriormente se crean Sociedades en un buen número de ciudades colombianas. Sin embargo las sedes de la Sociedad en Bogotá y Medellín fueron siempre las más dinámicas. Las “conferencias” de la Sociedad de Bogotá ayudaron entre 1911 y 1931 a un total de 6.400 familias, con un promedio anual de 320 familias y otorgándole a cada familia 32 pesos al año, sin mencionar otro tipo de ayuda no monetaria; la de Medellín atendió 10.880 familias durante estos 20 años, dándole a cada familia un promedio 12 pesos por año.²

La Sociedad de San Vicente de Paúl siguió el modelo de la visita domiciliaria y lo incorporó como la práctica que la distinguió desde su inicio, y que se constituyó en el

¹ Ver SAMPER, Miguel (1969). *La miseria en Bogotá*. Bogotá, Universidad Nacional, publicado por primera vez en 1867 por solicitud de la Sociedad de San Vicente de Paúl para conmemorar sus primeros diez años de fundación.

² Además de las visitas domiciliarias, la Sociedad también fundó asilos, orfanatos, escuelas primarias, escuelas de artes y oficios y salas de lectura. En Bogotá, estableció un hospital temporal mientras el hospital de San Juan de Dios estuvo cerrado, posteriormente abrió dispensarios y ofrecía atención médica gratuita. Igualmente organizó la Sopa de los Pobres que repartía comida a los más necesitados. En Medellín creó la caja de ahorros, que para 1919 había adquirido suficiente solidez y pasó ser administrada por la Acción Católica; puso en marcha un granero para vender alimentos básicos a precios económicos, y creó también el Roperio de los Pobres, para recoger ropa y repartirla. Igualmente la Sociedad inició los programas de construcción de viviendas para los pobres, para 1931 había construido en Medellín 138 casas y en Bogotá 120. Ver CASTRO, Beatriz (2007). *Caridad y Beneficencia. El tratamiento de la pobreza en Colombia, 1870 – 1930*. Bogotá, Universidad Externado de Colombia, capítulos 3 y 4.

núcleo de su actividad y su “técnica” principal de trabajo. A partir de esta práctica específica la Sociedad implantó una manera particular de atención a los pobres y necesitados. La visita domiciliaria era una atención directa, cuyo objetivo era conocer la situación real de una familia específica, para poder de esta forma determinar de la manera más exacta posible sus necesidades y el tipo de asistencia que se debería brindar. Pero sobre todo, la visita domiciliaria permitía crear vínculos personales estrechos con los grupos bajo atención. (Uribe, 1918).

Para la realización de las visitas domiciliarias había cuatro recomendaciones para los miembros de la Sociedad que se consideraban como esenciales en el adelanto de esta práctica. La primera era la asiduidad o la frecuencia de las visitas, lo que debía permitir que el socio adquiriera experiencia y se ganara la confianza de las personas atendidas. La segunda se relacionaba con el tiempo de duración de la visita, la que debía ser prolongada, escuchando sin prisa y permitiéndoles a los necesitados hablar de sí mismos, con el fin de poder conocer más de sus vidas. La tercera era la seriedad con que se asumía esta actividad, en la que debía primar la dulzura, bondad y paciencia. Y la última era la discreción, no mostrando inquietud particular por descubrir los secretos, evitando el asombroso y la actitud de saberlo todo.

La práctica de la visita domiciliaria se desarrolló con esmero por los socios activos y fue el instrumento central para la creación de vínculos fuertes entre los que atendían y los atendidos. Desde sus reglamentaciones iniciales la Sociedad dejó claramente definido el problema de quiénes irían a ser los auxiliados. Al parecer se trata de criterios que no tuvieron modificación, o al menos no hay declaraciones explícitas que introduzcan variaciones en los criterios originalmente propuestos:

La Sociedad no socorre sino a los pobres que propia y verdaderamente se llaman vergonzantes, y en este orden de preferencia, madres de familia enfermas, con hijas y sin apoyo: madres con niñas y sin apoyo: huérfanas sin quien las ayude: artesanos honrados e imposibilitados para trabajar. (Reglamento General de la Sociedad de San Vicente de Paúl con las notas aclaratorias publicadas en 21 de Noviembre de 1853 por el Consejo General de la misma, Bogotá, 1912, p. 13).

Bajo ese criterio amplio la Sociedad divide a los necesitados en seis clases: las familias cuyas cabezas estén imposibilitadas para trabajar por vejez o enfermedad, que no tengan ningún apoyo y en que la mayor parte de sus miembros sean niñas; las familias en idénticas circunstancias a las anteriores y que aunque puedan trabajar, el producto de su trabajo no alcance para cubrir las necesidades de su familia; huérfanas sin apoyo y a quienes no se les puede dar colocación; niños y niñas que no tienen padres o son de mala conducta o porque han sido abandonados o porque no tienen posibilidad de darles alimentación y educación; artesanos honrados que no pueden ganar su subsistencia y personas que desesperadamente necesitaran trabajo.

Respecto de los criterios de selección para determinar quiénes de manera preferencial resultaban merecedores de ayuda, al parecer primaban tres: el de la enfermedad, la imposibilidad de trabajar y el ser menor de edad sufriendo algún tipo de abandono.

Llama aquí la atención el hecho de que vistas las cosas con cuidado se trataba de criterios semejantes a aquellos utilizados por el Estado en cuanto a sus labores de asistencia social. Sin embargo, en la Sociedad había otros criterios más, que se agregaban a los anteriores. En primer lugar el privilegio de la presencia femenina en los hogares, pues se estimaba que por tal hecho las posibilidades de ingresos para el sostenimiento de una familia eran menores. En segundo lugar la decisión de ayudar a una familia que tuviera un trabajo, pero que éste resultara insuficiente para el sostenimiento, siempre y cuando se diera la condición de honradez, aunque este último concepto se usara en forma amplia y no fuera precisado de manera estricta. Esto es importante porque en los informes anuales posteriores de las actividades de la Sociedad se va a hacer énfasis en que dentro del examen previo a la determinación de ayuda a las familias había que incluir cierto elementos de conducta de vida, como eran la legitimidad de la unión de los esposos, el bautizo y primera comunión de los hijos de los padres socorridos, la enseñanza de la higiene y el propio orden en la casa, elementos todos que parece que formaran parte de lo que se denominaba “honradez”, o que por lo menos siempre acompañaran a esta virtud, la que no tenía simplemente un cariz de virtud económica.

En 1921 nuevas reglamentaciones volvían a insistir sobre los criterios de la elección de las familias pobres. En esta ocasión se era mucho más enfático y se subrayaban criterios que habían sido mencionados desde 1860, pero que para principios del siglo XX aparentemente habían perdido su vigencia, o que con el paso del tiempo habían sido dejados de lado.

El primero de estos criterios que volvía a recordarse era el de que “no nos incumbe misión alguna respecto a mujeres jóvenes... elijamos, pues, familias en cuya visita no se encuentre ningún inconveniente, y dejémosles a las señoras la misión que más bien les corresponde, de socorrer a las señoras solas cuando son jóvenes”; criterio que posteriormente se suaviza con el argumento de que en algunos casos no había que permitir el sufrimiento de niños que resultaban inocentes.

El segundo criterio que volvía a mencionarse era el de que toda “indulgencia debe tener un límite: cuando una familia vive en el concubinato, y viola no sólo las leyes civiles sino las de la Iglesia”, solamente si la familia accede a legitimar su unión se puede considerar como una familia para ser socorrida.

Finalmente se determinaba cuál era el criterio que se debería utilizar ante la situación de varias familias en igualdad de miseria, y por qué se debería dar preferencia a las numerosas. (*Boletín de la Sociedad de San Vicente de Paúl*, 1921). Es posible que este endurecimiento de los criterios de asistencia se debiera en parte a que las solicitudes de ayuda habían aumentado a principios del siglo XX y la Sociedad no tenía manera de atender todas las solicitudes que se le presentaban. Volviendo a los criterios de ayuda más tradicionales, que habían estado vigentes en el siglo XIX, necesariamente se disminuía el número de las familias que resultaban objeto de socorro, retomando al mismo tiempo y con fuerza criterios más cercanos a lo católico que a lo humanitario, inclusive que a lo simplemente cristiano.

Para dar ayuda a cualquier familia o persona, lo primero que realizaba la Sociedad era una información secreta sobre las circunstancias y las necesidades detectadas, trabajo que realizaban los socios activos. Esta información se presentaba luego en la reunión semanal de los miembros de la Sociedad en donde se decidía a quién se iba a socorrer, cómo y con cuánto. Nadie tenía derecho de exigir a la Sociedad, ni a sus socios; ni los socorridos podían quejarse o hacer reclamos sobre la ayuda recibida.

Sin ninguna duda la visita domiciliaria fue y sigue siendo el elemento distintivo del trabajo de la Sociedad de San Vicente de Paúl. Este tipo de acercamiento -esta forma de relación social- sobre todo visto desde el ángulo de su conformación histórica particular, debe ser analizado como una experiencia en construcción, como un modelo práctico al que se llega a través de una serie de tanteos y de encuentros exploratorios. Desde luego que previamente a una experiencia de esta naturaleza, cada una de las partes produce un sentido sobre ella y adopta unos comportamientos, que dependen de sus expectativas y de la imagen que construye de sí y del otro. Pero el encuentro solo se resuelve en su realización, y solo su repetición crea un modelo durable que, como observamos, va dando lugar a pautas y criterios.

Este tipo de asociaciones como el de la Sociedad de San Vicente de Paúl se formaban como “sociabilidades modernas” en donde los vínculos de asociación estaban regidos por unos reglamentos de ingreso que no incluían ni relaciones familiares, ni referencias de nacimiento, sólo el deseo explícito de participar en las actividades que la Sociedad tenía dentro de sus objetivos. Los miembros de la Sociedad de San Vicente eran hombres de la clase media y alta de la Colombia de aquella época. Hacia 1920 algunas sedes como las de Cartagena y Cali abrieron congregaciones femeninas, que resultaron bastante activas. Las mujeres hasta ese momento habían colaborado en la Sociedad en actividades especiales y puntuales como era la organización de los bazares que servían para la recolección de fondos, pero no eran propiamente miembros de la Sociedad. La tradición de las asociaciones femeninas en la Sociedad de San Vicente se remonta a las Damas de la Caridad que se funda de nuevo en París en 1840, después de haber funcionado de forma descentralizada hasta la Revolución Francesa y que representan otra versión de la Conferencia de las Damas de la Caridad fundadas por Vicente de Paúl en el siglo XVII.³ Para Latinoamérica, hasta donde conocemos, las primeras asociaciones femeninas fueron creadas en México, en 1863, bajo la tutoría de los padres vicentinos. Estas asociaciones de mujeres de clase media y alta llegaron a ser más dinámicas que las de varones, por el número de socias, por los fondos que alcanzaban a reunir y por las actividades que lograban realizar: visitas domiciliarias, fundación de escuelas, hospitales, boticas, orfanatos, asilos, comedores y roperos (Arrom, pp. 31).

³ Sobre la fundación original, véase DIEFENDORF, Barbara B (2004). *From Penitence to Charity: Pious Women and the Catholic Reformation in Paris*. Oxford University Press, Nueva York, pp. 203-216 y 226-238. Sobre la segunda fundación, véase Udovic, Edward R., “What About the Poor?” Nineteenth-century Paris and the Revival of Vincentian Charity”, en *Vincentian Heritage*, 14, no. 1, 1993.

El inicio de las visitas domiciliarias femeninas

A principios del siglo XX en Bogotá, se organiza la asociación femenina *El Consejo de Señoras Benefactoras del Círculo de Obrero* (Casas, María, 1995) que realizaba desde sus inicios, en 1916, de forma sistemática visitas domiciliarias, actividad hasta ahora llevada a cabo sólo por hombres, lo que la hace una asociación pionera en el trabajo voluntario femenino. Para ese momento existían varias asociaciones de mujeres que habían creado o liderado la fundación de diferentes instituciones y establecimientos para atender a los desvalidos, pero ninguna de ellas tenía como actividad central la visita domiciliaria.⁴

El *Círculo de Obreros* era liderado por el sacerdote jesuita español Campoamor que siguiendo el modelo de los círculos de obreros europeos, inicio su labor en Bogotá. La obra de los círculos católicos de obreros fue una idea que nació en 1871 en un grupo de cristianos en París, liderado por el conde Alberto de Mun, después de terminada la guerra franco-prusiana y pasados los acontecimientos de la Comuna de París. El programa original se fundamentó en el lema de “la devoción de las clases dirigentes”, grupo que lo conformaba principalmente aristócratas y oficiales de la armada, quienes proveían un club a los trabajadores organizados bajo la supervisión de un laico y de un capellán. Las comedias, los conciertos, los billares, los gimnasios y las visitas a sitios de interés que organizaban los miembros de los Círculos no atraían a los obreros militantes, pues sus intereses estaban centrados en las luchas sindicales; los que hacían fila en París el último domingo de cada mes para recibir los tiquetes gratis de las tómbolas eran generalmente jóvenes que habían llegado recientemente de la provincia a quienes el párroco les recomendaba regresar a sus casas. La influencia de las damas de la nobleza en auxiliar las organizaciones de Patronatos Femeninos no se extendió más allá de las industrias textiles y de los almacenes grandes en París. Si bien era un intento de aliviar la miseria, aunque sin reformas a largo plazo, el conde Mun creó una organización que puso en contacto a los ricos y a los pobres urbanos. Posteriormente esta obra se extendió por Francia y por Europa, logrando frutos principalmente en Bélgica y España. En España el Círculo de Obreros tuvo fuertes vínculos con los Jesuitas y sus actividades se centraron en la educación y en la promoción de cajas de ahorro (Gallego, 1976).

El padre Campoamor empieza su labor en Bogotá en 1910 con un restaurante escolar, donde llevaba niños “pobres” para darles almuerzo, apoyado por algunas señoras de la ciudad. El salón de enseñanza se lo había facilitado la Sociedad de San Vicente de Paúl,

⁴ La Asociación del Sagrado Corazón de Jesús en Medellín es un caso temprano de asociaciones femeninas, sin embargo no tenemos evidencias de que realizaran visitas domiciliarias, apoyaban labores caritativas, sobre todo en la consecución de recursos para establecimientos de caridad o beneficencia de la región, fuera de sus labores de catequización. Ver para Colombia, Castro, Beatriz, op. cit. y para el caso específico de Antioquia, Arango, Gloria Mercedes, *La mentalidad religiosa en Antioquia. Prácticas y Discursos, 1828 – 1885*, Universidad Nacional, Medellín, 1993 y *Sociabilidades católicas, entre la tradición y la modernidad. Antioquia, 1870 – 1930*, Universidad Nacional y la dirección de investigaciones, Medellín, 2004; Londoño, Patricia, *Religión, Cultura y Sociedad en Colombia. Medellín y Antioquia 1850 – 1930*. Bogotá, Fondo Cultura Económica 2004.

con quien Campoamor había entrado, desde luego, en estrechas relaciones.⁵ Más adelante los Padres de la Compañía de Jesús facilitaron al Padre Campoamor una casa antigua, inmediata al Colegio de San Bartolomé, para abrir una escuela para hijos de obreros. Paralela a esta actividad inició una escuela dominical para niñas, primero en la casa de la familia Rivas Groot, y luego en un salón contiguo e independiente del Colegio que dirigían las Hermanas Betlehemitas, lo que le permitió al Padre Campoamor abrir una escuela gratuita para niñas con el apoyo de las mismas Hermanas y de algunas señoras. A las niñas se les enseñaba a leer, escribir, coser y se les preparaba para los sacramentos de la confirmación y primera comunión.

En enero de 1911 se estableció formalmente la *Caja de Ahorros del Círculo de Obreros*, institución que se había ido desarrollando provisionalmente a través de la labor de la señorita María Teresa Vargas. Ella se encargaba de recibir cuotas de ahorro a las sirvientas los domingos y a las señoras los lunes, y de llevar la contabilidad del nascente establecimiento. Este dinero, que había sido recogido a manera de prueba, ingresó como cuota inicial a la *Caja* el día de su fundación. A los tres meses se habían inscrito 383 socios a la *Caja de Ahorros*. A estos nuevos miembros se les instruía el domingo en la mañana y el miércoles en la noche. En marzo de 1912, “habían vuelto el pie atrás retirándose 126 socios”, (González Quintana, Guillermo y Jorge, 1940, p. 20) porque no estaban de acuerdo con el manejo de la *Caja*, el cual consistía en que las utilidades eran destinadas a sostener las escuelas y las obras que el Círculo iba estableciendo, sin reconocimiento de intereses para los ahorradores.

En 1912 se calcula que la *Caja* tenía 1.700 pesos y que podían entrar en un solo día 70 pesos. (Idem, p. 20). En ese mismo año se crea el *Centro de Acción Social*, en donde se plantea de una manera diferente la práctica del ahorro, y se logran conseguir más recursos, mediante el apoyo de los obreros. Estos recursos se consiguieron también con un auxilio del Estado, entre 1913 y 1927, de 4.000 pesos anuales. Posteriormente los auxilios del Estado se hicieron regulares. María Casas, en sus *Memorias*, menciona que el *Círculo* recibió un auxilio de 80.000 pesos, una cantidad bastante grande e inusual para la época, que fue obtenida gracias a los favores del senador Marcelino Uribe Arango.

Con los fondos reunidos en la *Caja de Ahorros* se compra en 1913 un terreno al señor Raimundo Umaña por 8.000 pesos. (Idem., p. 89) Se inicia entonces el proyecto de construcción de vivienda para obreros llamado Villa Javier. Recibió apoyo de personas de la ciudad que disponían de medios económicos, como también del Primado de la Iglesia Católica, para la construcción de las dos primeras casas. En 1914 se entregaron 14 casas y en los dos años siguientes, 4 casas más, completando las primeras 20. En 1918 se habían construido 39 viviendas y se gestionó el servicio de alumbrado y la construcción de un acueducto propio. En 1922 el proyecto parece haber dado un salto importante, pues se inicia entonces la construcción de 96 casas, en un proceso largo que tomó varios años, puesto que no se disponía de todos los recursos. Entre 1923 y 1927 el gran proyecto fue el de la construcción de la iglesia parroquial. En 1933 se habían

⁵ En 1913 la Sociedad de San Vicente de Paúl registra la escuela con su almuerzo diario como uno de sus proyectos especiales.

construido 120 casas, un edificio en donde funcionaban las escuelas, una hospedería para jóvenes maestras, un teatro, el salón de sesiones y restaurantes. En 1940 se logró finalmente la instalación de energía domiciliaria (Saldarriaga, 1994).

Como lo afirma Rocío Londoño, “el proyecto de Campoamor dio lugar a una paradójica institución en la que se amalgamaron principios de una utopía católica antimoderna con componentes racionales y pragmáticos propios de organizaciones burocrática modernas. Ese carácter paradójico se advierte en la organización y conducción de la Caja de Ahorros a la manera de las entidades financieras modernas y la concepción del barrio obrero Villa Javier como una comunidad anclada en la ciudad, pero exenta de los hábitos, conflictos y ‘vicios’ de la vida urbana.”(Londoño, Rocío, 1995).

Para llevar a cabo la realización de estas actividades el padre Campoamor contó con el apoyo de un amplio número de personas, la mayoría de participación voluntaria. Dos grupos de mujeres fueron fundamentales para sus proyectos: las llamadas *Las Marías* y *El Consejo de Señoras Benefactoras*.

Las Marías fue un grupo particular dentro la estructura del *Círculo de Obreros*. Eran mujeres jóvenes, que provenía en su mayoría de familias campesinas o de estratos populares urbanos que se vinculaban a la organización de forma voluntaria, siendo un buen número de ellas huérfanas de padre y/o madre, lo que obligaba a las familias a buscar otras alternativas para estas jóvenes. Al ingresar llevaban una vida semiconventual, con horarios rígidos y establecidos, recibía educación y ayudaban a las diferentes labores del padre Campoamor. Todas tenían que colaborar en las actividades de la granja agrícola Santa Teresa y en la *Caja de Ahorros* como contadoras en las diferentes sedes, además de ayudar en las escuelas, los restaurantes escolares, talleres y cooperativas. Tenían obligaciones que seguir y órdenes que obedecer, como las decisiones de mudarlas a otras ciudades para trabajar apoyando las actividades del *Círculo* que se había extendido en Facatativá, Sogamoso, Duitama, Manizales, Pamplona, Málaga, Cali y Tunja. Podemos decir que este grupo de mujeres fue fundamental para las actividades del *Círculo*, sobre todo la *Caja de Ahorro*, no fueron mujeres que realizaran propiamente un trabajo voluntario, ni visitas domiciliarias, a diferencia del *Consejo de Señoras Benefactoras*, si entendemos en términos generales como trabajo voluntario una labor realizada directamente por las personas sin remuneración monetaria y que tenga, al menos, cuatro elementos esenciales. El primero es la libre voluntad de escogencia, la mayoría de las definiciones reconocen que las nociones de voluntariado y coacción no son compatibles, la decisión de realizar trabajo voluntario es entonces independiente y autónoma. El segundo elemento es la naturaleza del beneficio, para diferenciar el voluntariado de una actividad puramente recreativa, en el trabajo voluntario debe haber un beneficiario que no puede ser la propia persona que realiza el voluntariado, sino otro beneficiario diferente a si mismo. El tercer elemento es que la actividad del voluntariado debe estar enmarcada en cierto ámbito institucional, es decir, que no es una actividad informal, irregular e individual; sino que es un trabajo organizado y sistemático. El cuarto elemento es el compromiso, pues si bien la realización del trabajo

voluntario puede ser esporádica, se requiere un cierto nivel de responsabilidad que garantice la continuidad de las labores.

El Consejo de Señoras Benefactoras se fue conformando con las señoras que ayudaban de manera informal y voluntaria al padre Campoamor desde sus primeras labores. A partir de 1916 las reuniones se fueron formalizando y se conformaron como un órgano que hacía parte del *Círculo*. Según los reportes de las actas de la junta que se tienen desde 1919 hasta 1927, *El Consejo de la Señoras Benefactoras* se reunía una vez por semana, los días lunes. En sus reuniones semanales primero se rezaba el Padre Nuestro y el Ave María, las oraciones eran seguidas por la lectura de algún texto orientado por el padre Campoamor donde sobresalen por su frecuencia *Las Moradas* de Santa Teresa y *La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo* del Padre La Puente en las primeras reuniones y posteriormente *El Tratado de la Perfección* del Padre Rodríguez, las conferencias del Padre Van Fricht y *La vida de San Francisco Javier*. A continuación se escuchaban las recomendaciones o peticiones del sacerdote, que con mucha frecuencia exhortaba la necesidad de trabajar por los pobres y la importancia de acercarse a ellos para conocer directamente sus necesidades con humildad y amor. Inmediatamente las señoras reportaban cuántas visitas domiciliarias habían realizado, las ayudas que habían repartido en dinero o especie, los bautizos y matrimonios que habían logrado realizar, las necesidades más apremiantes que urgiera resolverse con premura, se recolectaba la cuota de dinero entre las asistentes y se reportaba con cuánto dinero contaba la caja del *Consejo*.⁶ En algunas reuniones se adelantaban las tareas de organización de eventos, fiestas y ceremonias que se realizaban en el barrio Villa Javier, como eran las fiestas religiosas del 6 de enero de los Reyes Magos, la de *Corpus Christi*, la de la virgen de la Inmaculada del 8 de diciembre y la del patrono San Francisco Javier, y las fiestas nacionales del 20 de julio y del 8 de agosto. Para las fiestas nacionales, las señoras se aseguraban de que asistieran, en algunas ocasiones, el presidente de la república y en otras, algunos senadores y representantes.⁷

En 1925 el *Consejo* se intenta organizar en cinco sesiones para que todas las señoras logran realizar el trabajo con el fin de “conseguir el bien espiritual y material de los pobres” y porque las actividades del *Consejo* se habían ampliado. La primera sesión era la de las visitas: “procurará visitar barrios extremos de la ciudad. Tratará de que se pongan en gracia de Dios los que viven en pecado, de que se bauticen los niños, de que reciban los sacramentos los que por descuido o por ignorancia no lo hacen, de llevar a los niños a la escuela, de buscar colocación a los jóvenes y de preservar a las jóvenes; de procurar auxilios a los enfermos y a los moribundos”. La segunda sesión, la de ejercicios: “se ocupará de ayudar a la organización de las tandas de ejercicios espirituales para obreros en la casa de Loyola, en hacer propaganda de esto en los talleres y en hacer todas las diligencias para que los obreros estén atendidos en esos días”. La tercera, de

⁶ Según las *Actas del Consejo de Señoras Benefactoras*, en 1919, el *Consejo* logró reunir 8,400 pesos. Como punto de referencia la Sociedad de San Vicente de Paúl de Bogotá, la asociación que realizaba más visitas domiciliarias en esa época en la ciudad, para ese mismo año, repartió 14,028 pesos en sus visitas domiciliarias.

⁷ Ver *Actas del Consejo de Señoras Benefactoras. 1919-1927*. Bogotá, Archivo de la Fundación Social.

colocaciones: “tratará de conseguir colocación a las jóvenes que encuentran las señoras que visitan y a las que vengan por solicitudes”. La cuarta sesión, de visitas a las escuelas: “visitará las escuelas de niños y niñas del Círculo de Obreros, que estimulará mucho a los niños”. La quinta sesión era de juegos: “organizará juegos de los jóvenes y de las niñas que van al barrio de San Francisco Javier los domingos en la tarde”.⁸

La membresía al *Consejo* dependía de la asistencia regular, de la participación sistemática en las actividades y de la colaboración monetaria a la caja del *Consejo*. Al principio eran unas quince señoras las que asistían con regularidad cumpliendo con las labores planteadas, se llegó a estabilizar en unas treinta señoras que asistían con compromiso y puntualidad, y por algunos meses llegaron a participar unas cuarenta o cincuenta damas. En las primeras reuniones se discutía la forma de aumentar el número de participantes del *Consejo* y cada una de las asistentes tenía el compromiso de invitar a algunas señoras a acudir a las siguientes reuniones, pensando que era la mejor forma para aumentar la participación en dicha asociación. En algunas reuniones, por lo tanto, el número de señoras asistentes aumenta sustancialmente, pero la permanencia de las nuevas señoras no era muy duradera, incluso algunas tan sólo iban a la primera reunión y no volvían a frecuentar el *Consejo*, no conocemos las razones de estas decisiones.

Por el listado de las señoras registradas en las Actas de las reuniones, sabemos que el grupo que permaneció en el *Consejo* pertenecía a un círculo social muy definido, incluso algunas de las señoras tenían relaciones familiares cercanas, eran hermanas, primas o cuñadas. Eran esposas e hijas de hombres vinculados a la política: presidentes y senadores, y a hombres de los negocios prósperos de la ciudad.⁹ Probablemente era mujeres que tenían la educación de colegio habitual en ese momento, y lo más seguro habían realizado sus estudios en colegios privados de órdenes religiosas femeninas.

Según las actas de *El Consejo de las Señoras Benefactoras* las visitas domiciliarias se iniciaron con cierta precaución, según la advertencia que hacía el padre Campoamor: “Cada semana irán las señoras de dos en dos, y por ningún motivo una sola, a visitar las familias pobres, y lunes siguiente en la junta darán cuenta, con la mayor brevedad posible, de las necesidades materiales y morales que hayan advertido”. (Casas, Maria, 1955 p. 50) En las primeras actas el promedio de visitas semanales era de cinco, paulatinamente se fueron aumentaron hasta llegar a un promedio de veinte por semana. Los barrios que se reportan como visitados eran Las Cruces, San Victorino, Santa Bárbara, Villa Javier y de la Capuchina, barrios sin duda de estratos socialmente bajos

⁸ Ver *Acta del Consejo de las Señoras Benefactoras* del mes marzo de 1925.

⁹ Veamos algunos ejemplos: Amalia Reyes de Holguín, Elena Reyes de Narváez, Nina Reyes de Valenzuela y Sofía Reyes Valenzuela, hermanas, hijas del presidente Rafael Reyes. Belén Lorenza de Manrique, y María Lorenzana de Camacho, hermanas, hijas de Máximo Lorenzana Sáenz socio de la casa comercial Lorenzana & Montoya y casado con una hija de José Hilario López, Belén casada con el médico Julio Manrique y María casada con José Camacho Carrizosa, periodista y financista, descendiente de la familia Camacho Roldán. Mercedes Gutiérrez de Herrera, casada con el médico Eduardo Herrera Ricaurte. Matilde Wills de Terán, de la familia del empresario inglés William Wills.

para esa época. Para 1919 se reporta el mayor número de visitas domiciliarias realizadas en el año, 250, en los años posteriores se registran entre 150 y 100 al año.

Las ayudas que con más frecuencia se repartían eran las de dinero para pagar entierros, para ayudar a enfermos o para cubrir los bonos de las escuelas de niños y niñas, distribución de frazadas, ropa, cortes de tela para vestidos y máquinas de coser. La población que más se atendía era la de mujeres, niños, jóvenes y enfermos. Posteriormente los obreros también fueron objeto de atención, pero sólo con la invitación a participar en los ejercicios espirituales que lideraban los Jesuitas y que las señoras ayudaban a organizar y realizar. Las señoras del *Consejo* estuvieron realmente compenetradas con las diferentes actividades del *Círculo*, como se puede corroborar en las historias de vida de *Las Marías*, en las que recuerdan las señoras dictando clases y enseñando modistería, algunas fueron madrinas de las pocas que se casaron. Posteriormente algunas de las señoras permanecerán vinculadas activamente a las obras de los Jesuitas, por ejemplo como donantes en la construcción del Hospital de San Ignacio en los años de 1950 en Bogotá.¹⁰

El *Consejo de las Señoras Benefactoras* era un grupo que se distanciaba de las asociaciones tradicionales de la época colonial, y en la que se encuentran aspectos que se pueden acercar más a prácticas modernas de agrupación. A diferencia de las cofradías, esta asociación no tenía como objetivo la protección de ningún templo o santo, ni pretendía ayudar a los propios miembros. Al contrario su función principal era asistir a personas extrañas que no formaban parte del grupo. La adhesión al *Consejo* era completamente voluntaria, no había que pagar una cuota forzosa, y estaba basada en afinidades principalmente sociales.

Al mismo tiempo que se organizaban para ofrecer servicios a los pobres, estas señoras asentaron algunas de las bases de una vigorosa organización social. Las señoras se reunían semana tras semana, año tras año, formando redes sociales que han sido un tanto ignoradas por los estudios sobre el tema. Al establecer lazos personales con miembros necesitados de la sociedad, las voluntarias crearon una comunidad que unía a personas de distintas clases sociales y establecía amplias redes de apoyo entre los miembros de su misma clase social.

Para las mujeres de aquella época la vinculación a este tipo de asociación adicionalmente significó, por un lado, salir físicamente de la esfera doméstica y participar activamente en la esfera pública con aceptación y reconocimiento social, acercarse a las diferentes realidades sociales, y por otro, aprender otro tipo de actividades y labores que no conocían, como era “administrar” una organización. Como bien lo afirma Michelle Perrot para el caso europeo “para las mujeres la filantropía constituyó una experiencia nada despreciable, que modificó la percepción del mundo, su idea de sí mismas y, hasta cierto punto, su inserción pública”. (Perrot, Michelle, 1993, p. 462).

¹⁰ Ver Revista *YA*, Bogotá, febrero 20 de 1954.

Las primeras organizaciones femeninas caritativas estaban bajo la dirección masculina, particularmente de religiosos, como es el caso de este *Consejo*. Posteriormente las mujeres tomaron el mando de sus propias organizaciones, pero de todas formas estas asociaciones iniciales eran laicas, lo cual podría considerarse como una característica de las asociaciones modernas.

El trabajo voluntario realizado por estas señoras, guiado en la práctica del trabajo voluntario establecido en el siglo XIX, tenía varias facetas que intentaban ir más allá de dar la ayuda material y espiritual. El padre Campoamor lo expresaba muy bien, según las palabras de María Casas, una de sus más importantes colaboradoras:

No basta para socorrer a los pobres enseñarles el catequismo y darles limosna material. Es preciso ponerse en comunicación con ellos, tratarlos con cariño, inspirarles confianza, que vean en los de arriba un verdadero cariño de hermanos, un sincero deseo de trabajar por elevar el nivel moral e intelectual en que se encuentran, para redimirlos de la miseria y de la degradación (Casas, María, 1955, p. 50).

Además la visita domiciliaria se vuelve biografía familiar, cuya información se reportaba y se guardaba en los archivos de las asociaciones, y que sin duda puede entenderse como una forma de control social para los pobres, donde se registraba todos sus detalles íntimos ya que era la única forma de acceder a la ayuda ofrecida. La visita domiciliaria intentaba, además, de dar la ayuda caritativa, realizar una vasta empresa de moralización.

La visita domiciliaria, por otra parte, exigía a las señoras adentrarse en un mundo distante que incluso podía ser percibir como peligroso, pero no de cualquier forma. El acercamiento obligaba a una disposición especial de compasión y de sentimientos afectuosos y de entablar una relación de cercanía, casi de amistad, a pesar de la posición jerárquica implícita en esta práctica, lo que plantea la complejidad de la caridad cristiana.

Paradójicamente para las mujeres esta práctica de la visita domiciliaria significó pasar del sentimiento de culpabilidad de pertenecer a una clase privilegiada, a veces frívola, a la adquisición de un saber social y una familiaridad con este campo, que las fue acercando a una práctica casi profesional con cierta conciencia de responsabilidad social.

Podemos encontrar asociaciones femeninas similares a la de las *Señoras Benefactoras*, años posteriores, en donde la visita domiciliaria era la actividad fundamental de su labor, como las asociaciones femeninas de la *Sociedad de San Vicente de Paúl* en Cali y Cartagena a partir de 1920, que seguía los parámetros de dicha sociedad, el *Centro de Acción Social Infantil* en Bogotá en 1930 y las *Damas de la Caridad* de Medellín en 1934. De las dos últimas debemos hacer mención especial, la primera por la incidencia en la profesionalización de la actividad y la segunda por la amplitud del trabajo que lograron realizar desde los finales de los años treinta en la ciudad.

Las *Damas de la Caridad* de Medellín, eran mujeres de un grupo selecto de la ciudad, en su mayoría hijas o esposas de empresarios y hombres de la vida política.¹¹ Su inspiración era el de las Damas de la Caridad fundadas por San Vicente de Paúl en Francia en 1617: “una reunión de personas sinceramente cristianas, administradas por un consejo bajo la dirección del cura de la parroquia y el fin esencial es siempre las visitas que las señoras, ellas mismas, personalmente, hacen a los pobres enfermos para asistirlos corporal y espiritualmente”. (Revista *Letras y Encajes*, 1941).¹² Se iniciaban en la membresía de la asociación con su participación en las actividades y con la colaboración voluntaria monetaria. Se las consagraban en una ceremonia solemne y sencilla por un sacerdote. En 1943 la asociación contaba con 140 socias.

En un principio su labor se centraba en realizar visitas domiciliarias a las familias pobres la cual les permitía determinar la ayuda material que cada familia necesitaba, como también se les brindaba la ayuda espiritual. Las ayudas más generalizadas en un inicio era un mercado semanal y drogas, sobre todo a las personas que encontraban enfermas. Posteriormente organizaron el pago del alquiler de viviendas para familias que lo necesitaran en varias zonas de la ciudad, donde habitaban aproximadamente 100 familias y que las *Damas* visitaban con asiduidad para enseñar y controlar sobre todo los hábitos morales y de higiene. Después crearon el Hogar Infantil Margarita Posada, con apoyo del municipio y bajo la dirección de las Hermanas de Santa Catalina de Siena, para acoger en un principio a los niños de las familias que atendían en las viviendas. (Idem.) Años más tarde crearon la Escuela Hogar para hijas de mujeres caídas o jóvenes que no tuvieran hogar, este bajo la dirección de las Hermanas Carmelitas. Para 1943 además había fundado la Colonia de Vacaciones para llevar a unos cien niños pobres durante los meses de diciembre y enero a unos días de esparcimiento, con apoyo del municipio. También tenía establecido y organizado el reparto de leche, costureros y almacenes donde se vendía lo elaborado por las familias atendidas y otros objetos a precios módicos y la Granja de Jesús Obrero que se cedió a la Acción Social por la dimensión del proyecto. (Revista *Letras y Encajes*, 1943). En esta asociación vemos como la práctica de la visita domiciliaria se fue ampliando a otras actividades de mayor complejidad y mayor envergadura y en algunos casos con una orientación que se iba distanciando de la práctica moral, además del entablar vínculos con el gobierno municipal para desarrollar sus proyectos.

El *Centro de Acción Social Infantil* de Bogotá, iniciado por las enfermeras Isabel y Ana Sáez Londoño, con el apoyo posterior de los médicos José Ignacio Barberi, Manuel Vicente Ortiz y Jorge Andrade, organizaron un consultorio y un ropero, adjunto a la labor

¹¹ Algunos ejemplos: Luisa Angel de Henao, era hija del caficultor Alejandro Angel Londoño y esposa del médico y gobernador de Antioquia Braulio Henao. Yolanda Mejía de Uribe, hija de Gonzalo Mejía, prohombre de Gonzalo Mejía. Elena Olarte de Echavarría, casada con Carlos J. Echavarría, hijo de Alejandro Echavarría, creador de varias empresas antioqueñas. Zoraida Mejía de Botero, casada con Carlos Botero, caficultor.

¹² Ver además Mills, Hazel, “La Charité est une Mère: Catholic Women and Poor Relief in France, 1690 – 1850” en Cunningham, Hugh and Innes, Joanna (editores) *Charity, Philanthropy and Reform. From the 1690s to 1850*, Macmillan Press, Londres, 1998, pp. 168 – 192.

social, que consistía en la visita domiciliaria de los pacientes del consultorio, en donde se les hacía una ficha de la familia. Por la necesidad de apoyo en atención médica empezó la formación de enfermeras visitadoras de manera informal, pero en 1932 se presentó la propuesta del *pensum* a la Dirección Nacional de Higiene, entidad que lo aprobó. (Revista *Letras y Encajes*, 1938). A los pocos años se funda en Medellín otra escuela de enfermas visitadoras adscrita a la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia. Con estas escuelas se abre la profesionalización de las visitas domiciliarias hasta ese momento realizada de forma voluntaria por las mujeres, aunque estas visitas se centraban solamente en supervisar y recomendar sobre el cuidado del cuerpo, que abarcaba la alimentación, la limpieza y la higiene personal de los miembros de la familia y de la casa donde residía el paciente, con la elaboración de un registro detallado de las historias de las enfermedades de todos los miembros de la familia.

La profesionalización de las visitas domiciliarias voluntarias femeninas: las primeras escuelas de servicio social

La profesionalización de la asistencia social, en donde la participación de las mujeres de clases altas y medias se reporta con amplitud, se encuentra en varios países, principalmente en Europa y Estados Unidos a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Los ejemplos más conocidos de este proceso son el de *Charity Organization Society* en Inglaterra, liderado por Victoria Hill, que funda la “Escuela de Sociología” para formar a las trabajadoras sociales con su principal técnica de “*el caso*” (Himmelfarb, 1991, cap. XIII); y posteriormente el de Jane Adams, quien impulsa la profesionalización de la asistencia social en la ciudad de Chicago, intentando evitar el elemento moral en la ayuda que hasta ahora había predominado y quien es galardonada con el Premio Nóbel de Paz en 1931 (Senté, 2003, cap. V). Se puede afirmar que casi todos los esfuerzos señalados intentan una salida diferente a la atención voluntaria desplegada hasta el momento, proponiendo criterios basados en indagaciones estadísticas y haciendo uso de conocimientos de las diferentes disciplinas de las ciencias sociales y la medicina.

Como bien lo señala la historiadora Gertrude Himmelfarb, se trata de combinar la verdad de la ciencia con el compromiso humanitario. (Himmelfarb Gertrude, 1991, p.178) O el sociólogo francés François Dubet cuando hace una reflexión sobre la institución del trabajo social y se refiere a su historia como proteiforme. (Dubet François, 2006, p. 264). François señala igualmente que la mayor parte de las asociaciones, que fundaron las escuelas de servicio social en Francia, estuvieron ligadas, en el momento de la creación, a distintas formas de militancia, ya sean de compromiso religioso, militancias cercanas al movimiento obrero, movimientos laicos republicanos, asociaciones de padres o movimientos filantrópicos ligados al nacimiento y al desarrollo del Estado proveedor, y que las asistentes eran de jóvenes católicas, provenientes de la burguesía y articulado fuertemente el llamamiento de valores religiosos, el sentido de vocación y la búsqueda de la salvación con todas las tensiones propias de ese tipo de experiencia, especialmente la tensión entre el control social ejercido en nombre del orden moral y una voluntad de emancipación de los pobres. (Idem.)

En este contexto, las nuevas escuelas de trabajo social intentan dar elementos más científicos para seleccionar a los pobres que necesitaban la ayuda y para establecer la mejor forma de apoyarlos. La visita domiciliaria se apoyaba en la técnica del “caso”, cuya unidad básica fue la familia, en un inicio (Lewis, 1996, pp. 203-224). De cada “caso” se elaboraba un reporte completo para decidir sobre la ayuda y además se le hacía seguimiento, con lo que intentaban a mediano plazo “rehabilitar” e intentar ir un poco más de la ayuda solamente asistencial. Aunque se continúa de cierta forma con algunos elementos de la visita domiciliaria del siglo XIX, se trata de excluir los elementos morales tanto para la selección de las familias como para la forma de la ayuda. Habría que resaltar de este proceso que fueron precisamente las mujeres las que lideraron la transformación del trabajo voluntario de las visitas domiciliarias hacia la profesionalización, aunque en algunos casos los hombres impulsaron la actividad y siempre participaron activamente en ella.

En Colombia el primer intento de profesionalización de las actividades que se desarrollaban en la asistencia social, entre esas las visitas domiciliarias, lo encontramos con la creación de la primera escuela de servicio social, bajo la orientación de la Unión Católica del Servicio Social fundada en Bruselas en 1925. Esta asociación tenía como propósitos desarrollar el servicio social con el objeto de contribuir a la realización de un orden social en el mundo moderno y promover la creación de escuelas de servicio social. Está Unión a través de la escuela católica chilena Elvira Matte de Cruchaga, que fue designada como la sede del secretariado en el continente americano logra entre 1929 y 1939 crear ocho escuelas en Latinoamérica: Santiago, Montevideo, Río de Janeiro, Sao Pablo, Lima, Bogotá, Buenos Aires y Caracas.

Para el caso de Bogotá, la Escuela de Servicio Social se crea en 1936, como parte anexa del Colegio Mayor del Rosario e inicia sus clases al año siguiente. María Carulla de Vergara fue vital para que el proyecto se hiciera una realidad. María Carulla, colombiana de nacimiento, pero hija de emigrantes catalanes, estudió en la Escuela de Servicio Social en Barcelona y después de culminar sus estudios estuvo un año en Bélgica. Ella preparó su tesis sobre la posibilidad de crear una Escuela de Servicio Social en Colombia, propuesta que con el apoyo de la Unión Católica del Servicio Social la presentó y con la acogida del Colegio Mayor del Rosario abrió uno de los primeros centros de educación superior para la mujer, cuando en Colombia se había propuesto por ley la posibilidad para la mujeres de realizar estudios secundarios en igualdad de condiciones a los hombres.

María Carulla cuando regreso de sus estudios había trabajado como directora del Refugio Maternal de la Cruz Roja en Bogotá, fundado por Rafael María Carrasquilla y había colaborado, con su esposo Hernán Vergara, en el *Círculo de Obreros*, como lo recuerda María Betulia Santana, una de las jóvenes del grupo de *Las Marías*. (Londoño, Rocío y Restrepo, Gabriel, 1995, p. 107).

El gran dilema en la creación de la Escuela de Servicio Social era si plantear la formación como un apostolado o como una profesión. El apostolado estaba más cerca de la práctica del trabajo voluntario femenino que estaba incorporada en muchas de las

mujeres colombianas, con el sentido de la caridad cristiana, que era emplear el tiempo libre y sobre todo dar expresión pública de su fe. La profesión planteaba otros retos, principalmente entender esa práctica del voluntariado no como un uso del tiempo libre, sino como un ejercicio de una profesión y concebir la práctica dentro de unos parámetros metódicos y racionales. Esta ambigüedad tenía que ver en parte con las diferentes definiciones de servicio social que había en el momento y que Cecilia Echavarría, la directora de la segunda Escuela del país fundada en Medellín en 1945, lo expresa en una entrevista cuando le preguntan en qué consiste el Servicio Social:

Como son muchas las definiciones del Servicio Social, solo citaré algunas, entre ellas, como lo definió en París en el año de 1928 la Conferencia Internacional de Servicio Social, reunida allí: ‘Como el conjunto de esfuerzos que tienden a mejorar los sufrimientos que provienen de la miseria, al restablecimiento de las condiciones normales de la existencia, a la prevención de los flagelos sociales y a la elevación del nivel moral y material de la vida’. A mi modo de ver, esta no es sino una descripción de las actividades del Servicio Social, me gusta más la siguiente definición: es el conjunto de métodos científicos y prácticos, que tienden a prevenir, combatir y a curar las deficiencias físicas, intelectuales y morales del hombre. Naturalmente que para esto del Servicio Social se necesita cierta vocación y sobre todo comprensión, constancia y abnegación, movidos siempre por el deseo de servir al prójimo, puesto que el Servicio Social, es de un ideal tan elevado, que supone y se considera más bien como un apostolado que una profesión y también puede decirse que es un apostolado dentro de una profesión y así lo han entendido las Naciones reunidas en Chile al unificar los programas en las Américas (Revista Letras y Encajes, 1945).

El proyecto inicialmente resultó una combinación de ambas orientaciones y paulatinamente la tendencia de profesionalizar la actividad va a predominar, como lo podemos constatar en el problema que tenía que afrontar al intentar armonizar la caridad, la justicia social y la asistencia social, expresadas en la combinación de la formación moral, cierta preparación técnica, la buena voluntad, la constancia y la puntualidad. Las diez recomendaciones para realizar el servicio social, lo muestran con cierta claridad (Holguín, Lucia 1943). En estas indicaciones se encuentran todavía elementos muy similares a las que la Sociedad de San Vicente de Paúl encomendaba para la realización de las visitas domiciliarias –humildad, puntualidad, reserva, confianza-, aunque también se hallan aspectos que van sistematizando esta práctica, como era elaborar la ficha correspondiente para archivarla, guardar reportes y estudios regulares que sirvieran para apreciar las situaciones y medir los resultados previos.

Para la realización del proyecto de la primera escuela de servicio social en Colombia se creó un Comité Técnico formado por María Carulla, monseñor José Vicente Castro Silva, rector del Colegio del Rosario, Tomás Rueda Vargas, creador del Gimnasio Moderno y del Colegio Femenino, el economista Jorge Cavellier y el abogado penalista Rafael Escallón. Lograron unir en el plan la práctica de la fe católica, la doctrina social de la Iglesia, la ideología liberal que gobernaba en ese momento y las prácticas

científicas. Se recibieron donaciones de empresas como Bavaria y de los bancos de Colombia y del Central Hipotecario para sus inicios y para su posterior funcionamiento.

Las clases del programa se inician en abril de 1937 y en 1940 se obtiene la aprobación del Ministerio de Educación, determinándose que las alumnas recibirían el título de *Visitadoras Sociales*.¹³ El grupo de profesores con el que se empieza el programa estuvo conformado por los médicos Jorge Bejarano¹⁴ y Rafael Barberi, el pediatra Jorge Camacho Gamba, Enrique Enciso, Héctor Pedraza, el psiquiatra Hernán Vergara, el abogado Rafael Escallón, Carlos Holguín, Guillermo Nannetti¹⁵, Olga Lucia Reyes, el economista Francisco de Abrisqueta¹⁶, los monseñores Ernesto Solano y Carlos Romero, y como subdirectora de la escuela la señora Ángela Restrepo.

El currículo del programa era de tres años, dos años de asignaturas y un año de práctica. Las asignaturas estaban agrupadas de la forma siguiente. En el primer año se tomaban los cursos de religión, ética y filosofía; psicología, sociología y economía política; biología y anatomía; derecho civil, administrativo y laboral; bacteriología, parasitología y epidemiología; higiene general de la mujer, enfermería y primeros auxilios, contabilidad y técnicas de oficina, beneficencia y asistencia social, organización de obras sociales y servicio técnico social. En el segundo año las materias eran religión, liturgia, doctrina social y ética; psicología infantil y pedagogía, economía doméstica, puericultura, dietética, higiene de la mujer; estadística, técnica en encuesta de las visitas sociales y demografía. Se trataba con este currículo presentar una visión integral de los individuos, pero donde se puede visualizar una orientación católica marcada junto con la formación de algunos elementos de la medicina y de las recientes disciplinas de las ciencias sociales.

El tercer año se realizaba una práctica en centros hospitalarios, secretariados sociales, hogares infantiles, programas de gotas de leche, además de tener que elaborar una “tesis” para obtener el título. (Cifuentes, María Rocío y Gartner Isaza, Lorena, Bogotá, 2003). Los temas de las “tesis” fueron variados. Por ejemplo, en 1940, Sofía Acero presentó su trabajo sobre la vivienda obrera en Bogotá, Nina Correal sobre los secretariados sociales, María Cuadros sobre la delincuencia infantil y tribunal de menores, Josefina López sobre los secretariados parroquiales y Blanca Rojas sobre la infancia desamparada¹⁷, y en 1945 encontramos la publicación de la disertación de Lucia Holguín sobre *La Joven Colombiana en el Servicio Social Voluntario*. (Holguín Lucía, 1943).

Para tener más posibilidades de sitios para las prácticas y desarrollar una labor social, la Escuela tomó el liderazgo de la fundación de varias instituciones, como fueron los secretariados sociales en los barrios populares de la ciudad, con el apoyo del municipio.

¹³ Ver Periódico *El Tiempo*, Bogotá, mayo 17 de 1940.

¹⁴ Uno de los fundadores de la Gota de Leche y la Cruz Roja en Bogotá.

¹⁵ Ministro de Educación en 1941 y rector de la Escuela Normal Superior entre 1944 y 1947.

¹⁶ Miembro del Centro de Estudios de Estadística de la Contraloría General de la República.

¹⁷ Ver Periódico *El Tiempo*, Bogotá, diciembre 3 de 1940.

El primero que se creó fue el del barrio de la Perseverancia, posteriormente en Las Cruces y El Centenario, en donde la visita domiciliaria continúa siendo su principal ejercicio. Otra de las actividades conocidas que realizó la Escuela fue la exposición de Hogar Modelo Obrero en el IV centenario de Bogotá, en la que se exhibía cómo se podía tener un hogar con elementos sencillos, pero bien dispuestos y limpios.

Algunas de las mujeres de las que iniciaron la primera promoción fueron Alicia Baena, Blanca Rojas, Cecilia Afanador Cecilia Rojas, Elvira Bravo, Inés Gómez, Isabel Carulla, Leonor Gómez, María Carrizosa, Cecilia Brigard, Nina Corral, Nina Román y Susana Gómez. Del primer grupo de las veinte admitidas, se graduaron catorce. La primera fue María Carrizosa, con quien María Carulla fundó la Casa del Pueblo, donde se ofrecían servicios de consulta social y médica y posteriormente fundó y dirigió la revista *Presencia*, donde se escribía sobre la situación de la mujer en el siglo XX.¹⁸ Otra de las primeras egresadas fue Inés Gómez Granados, directora del Jardín Obrero de la Perseverancia por varios años, que formaba parte del secretariado social del barrio.¹⁹

De la penúltima promoción Emma López trabajó en la oficina de asistencia social del Hospital de San Juan de Dios de Bogotá desde 1950 hasta 1970. Su principal trabajo consistía en realizar una encuesta social obligatoria a los pacientes que llegaban al Hospital para ser atendidos, en donde se registraba información sobre la familia y las entradas económicas para poderlo clasificar en alguna de las categorías establecidas para dar atención gratuita.²⁰ También asistieron como alumnas, las mujeres de la recién creada Policía Femenina, que sus funciones eran la protección de los niños y el servicio social, estas estudiantes luego trabajaban en la Casa de Bienestar Social, que prestaba atención a los niños pobres.²¹

Durante sus veinte años de funcionamiento la Escuela de Servicio Social graduó a 95 mujeres (Cifuentes María Rocío y Gartner Lorena, 2006) que se desempeñaron en cargos de cierta responsabilidad en institutos de asistencia social, las primeras sobre todo en los liderados por la misma Escuela, en instituciones del gobierno, como el ministerio de educación y juzgados, en hospitales de la ciudad, en establecimientos de beneficencia, en la Liga Antituberculosa y la Cruz Roja y en jardines infantiles, desempeños muy similares a las egresadas de las escuelas de servicio social que se reportan para Chile y Uruguay.²² Aunque se ha afirmado que las mujeres que estudiaron

¹⁸ Ver “Entrevista con Milagros Palma: Una pionera: María Carrizosa de Umaña. Tradición y modernidad”, *Revista Trabajo Social*, Departamento de Trabajo Social, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional, No. 1, pp. 107 – 113.

¹⁹ Ver Martínez, María Eugenia, “Entrevista con Inés Gómez Granados: El Jardín Infantil Obrero La Perseverancia”, *Revista Trabajo Social*. Bogotá, Departamento de Trabajo Social, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional, No. 3, pp. 140 – 154.

²⁰ Ver Martínez, María Eugenia, “Entrevista a Emma López Leyva, trabajadora social del Hospital de San Juan de Dios entre 1950 y 1970”, *Revista Trabajo Social*. Bogotá, Departamento de Trabajo Social, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional, No. 4, pp. 120 – 126.

²¹ Ver Revista *Ya*, Bogotá, noviembre 21 de 1935.

²² Ver Lavrin, Asunción, *Women, Feminism, and Social Change in Argentina, Chile and Uruguay, 1890-1940*, University of Nebraska Press, Lincoln y Londres, 1995, capítulo tres.

en esta primera escuela de servicio social eran mujeres de la clase alta, parece que el cuadro social es más amplio de lo hasta ahora planteado. Si bien algunas de estas mujeres podían pertenecer a estos círculos sociales señalados, sobre todo las de la primera promoción, para las siguientes el espectro social se abre incluyendo a mujeres de lo que podemos denominar para esa época, la clase media.

La segunda escuela de servicio social se fundó en Medellín en 1945 con el apoyo económico de la Acción Social Católica y la Asociación Nacional de Industriales ANDI, bajo la dirección de Cecilia Echavarría Toro y subdirección de Amanda Gómez y con el aval de monseñor Joaquín García. (Revista *Letras y Encajes*, 1945) Primero anexa a la Normal Antioqueña de Señoritas y dos años después la Escuela pasa a formar parte de la Universidad Pontificia Bolivariana y siguiendo los parámetros de la primera escuela fundada en Bogotá. (Malagón B., Edgar, 2001) Posteriormente se crean la escuela del Colegio Mayor de Cundinamarca en 1946, la de la Universidad de Cartagena en 1947, la Escuela de Servicio Social de Cali en 1953, la Escuela de Servicio Social de Pamplona en 1963 y la de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá en 1961.

En 1942 se reorganizó el Ministerio de Educación Nacional y se creó el Consejo Superior de Educación cuya función era asesorar al Ministro, para ello contaba con el apoyo de la Comisión Nacional de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura –UNESCO-. Uno de los objetivos de la UNESCO era la organización de la educación femenina, creando escuelas para obreras y campesinas y fundando los colegios femeninos de enseñanza secundaria y los Colegios Mayores de Cultura Femenina.

Mediante la Ley 48 de 1945 se organizaron los Colegios Mayores de Cultura Femenina en Antioquia, Bolívar, Cauca y Cundinamarca y se abrieron carreras cortas y auxiliares para las mujeres como, delineantes de arquitectura, filosofía y letras, secretariado, bacteriología, técnicas en laboratorio clínico, cerámica, decoración y servicio social.

El nuevo currículo del Servicio Social combinaba una capacitación técnica con una sólida formación moral. En las asignaturas se disminuyen las horas de religión aunque no desaparecen y se suprimen los cursos de asistencia pública, organización de las obras sociales, derecho administrativo y laboral. Precisamente la primera escuela de servicio social desaparece en este proceso de institucionalización de la profesión (Malagón, 1981).

Posteriormente en 1952 se expide el decreto No. 1572 por el cual se reglamenta la Ley 25 del 27 de octubre de 1948 sobre las Escuelas de Servicio Social, en el que se establecen orientaciones académicas universales para la formación de trabajadoras sociales y estarían supervisadas por los ministerios de Educación e Higiene. En 1959 la Asociación de Escuelas de Servicio Social, creada en 1951, y el Ministerio de Educación Nacional solicitaron a la embajada de Estados Unidos los servicios de la doctora Cecilia Bunker, trabajadora social de Puerto Rico, para analizar el pensum. Tal estudio originó otro plan de estudios que empezó a funcionar en 1960 en el Colegio Mayor de Cundinamarca. Y en junio de 1963 se realiza el primer seminario de Facultades y

Escuelas de Servicio Social convocado por la Asociación Colombiana de Universidades, del cual surge otro pensum básico. (Malagón B., Edgar y Leal L., Gloria, 2006)

Lo más novedoso de estos cambios fue el esfuerzo de identificar específicamente el área de formación del Servicio Social, en el cual se entregaba un concepto del mismo y se instauraba las cátedras “Caso, Grupo y Comunidad”, estructura curricular metodológica que ha acompañado desde entonces la enseñanza del Trabajo Social, y la desaparición de la enseñanza médico-jurídica dentro del pensum. (Malagón B., Edgar, 2001) Se abre entonces esta profesión como otra posibilidad más de estudios superiores para las mujeres de diferentes grupos sociales, lo que va a significar posteriormente la participación laboral activa de las mujeres en este campo (Flórez, 2000, caps V y VI). En este contexto de profesionalización la visita domiciliaria continúa siendo una de las actividades que los trabajadores sociales realizan como parte de su ejercicio profesional, con cambios epistemológicos y metodológicos.

La profesionalización de parte del trabajo voluntario femenino, no significa que esta actividad haya desaparecido completamente, muchas mujeres continuaron y continúan realizando actividades de voluntariado, en algunos casos con mayor preparación y con enfoques de intervención que pretenden distanciarse de la asistencia social. En las instituciones de salud la participación voluntaria de las mujeres ha sido desde su inicio importante y ha continuado. Un ejemplo de ello ha sido la participación voluntaria femenina en algunos comités desde la fundación de la Cruz Roja Colombiana en varias ciudades y en la Liga Femenina Antituberculosa Colombiana, desde la creación del primer comité femenino en Bogotá en diciembre de 1938 y posteriormente en otras ciudades del país.²³ Sin embargo la participación tiene ya algunos matices diferentes, continúan algunas mujeres participando voluntariamente, sobre todo las mujeres pertenecientes a los estratos más altos, realizando más labores de organización y de gestión de los comités, más no las visitas domiciliarias.²⁴ Por ser un grupo social no muy amplio para esa época, las mujeres que participaron en estas labores asistenciales crearon redes entre ellas ya que se encuentran de forma repetida a grupos de mujeres participando en varias obras sociales en beneficio de las clases menos favorecidas.

Actualmente encontramos un panorama más amplio y más variado en la participación en el trabajo voluntario en Colombia. Se calcula que hay más de 700.000 personas que trabajan sin renumeración realizando trabajo voluntario. Según el estudio International Association of Volunteering Effort –IAVE–, Colombia es una de los países que tiene más voluntarios en América Latina.²⁵ Según este estudio en estas actividades participan personas de todos los estratos, de todos los niveles de educación, el 45% son jóvenes y en igual proporción hombres como mujeres. Lo cual nos confirma la coexistencia de

²³ Ver *Decreto Orgánico y Estatutos de la Liga Antituberculosa Colombiana. Comité Femenino de Bogotá*, Imprenta Nacional, Bogotá, 1939.

²⁴ En el Comité Femenino de la Liga Antituberculosa de Bogotá encontramos como presidenta a Lorencita Villegas de Santos, esposa del presidente Eduardo Santos y algunas de las señoras que eran colaboradoras de la obra del *Círculo de Obreros* de Bogotá, como Nina Reyes y Blanca de Samper.

²⁵ Ver Periódico *El Tiempo*, Bogotá, 25 de marzo de 2003.

una actividad profesional del trabajo social y con participación en el trabajo voluntario, ambos con enfoques diferentes a los del siglo XIX y principios del siglo XX.

Bibliografía

Archivos

Archivo Fundación Social, Bogotá.

Archivo Sociedad de San Vicente de Paúl, Bogotá.

Textos contemporáneos

Boletín de la Sociedad de San Vicente de Paúl. Bogotá.

CASAS, María (1995). *El Padre Campoamor y su obra El Círculo de Obreros*. Bogotá, Fundación Social [primera impresión en 1953].

Decreto Orgánico y Estatutos de la Liga Antituberculosa Colombiana. Comité Femenino de Bogotá (1939). Bogotá, Imprenta Nacional.

GONZÁLEZ QUINTANA, Guillermo y Jorge (1940). *El Círculo de Obreros. La Obra y su espíritu de 1911 a 1940*. Bogotá, Litografía Colombiana.

HOLGUÍN, Lucia (1943). *La Joven Colombiana en el Servicio Social*. Bogotá, Editorial Águila.

Periódico *El Tiempo*. Bogotá.

Reglamento General de la Sociedad de San Vicente de Paúl con las notas aclaratorias publicadas en 21 de Noviembre de 1853 por el Consejo General de la misma (1912). Bogotá, Talleres Tipográficos de Domínguez & León.

Revistas: *Ya*. Bogotá y *Letras y Encajes*. Medellín.

SAMPER, Miguel (1969). *La miseria en Bogotá*. Bogotá, Universidad Nacional [primera impresión en 1867].

URIBE, Antonio José (1908.) *Sociedad Central de San Vicente de Paúl de Bogotá. Celebración del Quincuagésimo Aniversario 1857 - 1907. Memoria Histórica*. Bogotá, Imprenta Nacional.

Libros y artículos

ARANGO, Gloria Mercedes:

1993 *La mentalidad religiosa en Antioquia. Prácticas y Discursos, 1828 – 1885*. Medellín, Universidad Nacional.

2004 *Sociabilidades católicas, entre la tradición y la modernidad. Antioquia, 1870 – 1930*. Medellín, Universidad Nacional y la dirección de investigaciones.

ARROM, Silvia M. “Catholic Philanthropy and Civil Society: The Lay Volunteers of St. Vincent de Paul in 19th-Century Mexico” en Sanborn, Cynthia y Portocarrero, Felipe, *Philanthropy and Social Change in Latin America*, The David Rockefeller Center Series on Latin American Series y Harvard University, Cambridge, pp. 31-62.

CASTRO, Beatriz (2007). *Caridad y Beneficencia. El tratamiento de la pobreza en Colombia, 1870 – 1930*. Bogotá, Universidad Externado de Colombia.

- CASTRO, Patricia (1994). "Beneficencia en Medellín, 1800 - 1930" Medellín, monografía. Universidad de Antioquia.
- CIFUENTES, María Rocío y Gartner Isaza, Lorena (2003). *María Carulla de Vergara. Entre la tradición y el progreso, 1907 – 1998*. Bogotá, O. P Gráfica.
- DIEFENDORF, Barbara B (2004). *From Penitence to Charity: Pious Women and the Catholic Reformation in Paris*. Nueva York, Oxford University Press.
- DUBET François (2006). *El declive de la institución. Profesiones, sujetos e individuos en la modernidad*. Barcelona, Gedisa, capítulo 7.
- FLÓREZ, Carmen Elisa (2000). *Las transformaciones sociodemográficas en Colombia durante el siglo XX*. Bogotá, Banco de la República y Tercer Mundo Editores.
- GALLEGO, Andrés (1976). "Los Círculos de Obreros, 1864-1887", en *Hispania Sacra*, vol. XXIX, pp. 256-310.
- HIMMELFARB, Gertrude (1991). *Poverty and Compassion. The Moral Imagination of the Late Victorians*. Nueva York, Vintage Books.
- LAVRIN, Asunción (1995). *Women, Feminism, and Social Change in Argentina, Chile and Uruguay, 1890-1940*. University of Nebraska Press, Lincoln y Londres.
- LEWIS, Jane (1996). "Women, social work and social welfare in twentieth-century Britain: from (unpaid) influence to (paid) oblivion?" en DAUNTON, Martin (editor), en *Charity, self-interest and welfare in the English past*. Londres, University College London Press. pp. 203-224.
- LONDOÑO, Patricia (2004). *Religión, Cultura y Sociedad en Colombia. Medellín y Antioquia 1850 – 1930*. Bogotá, Fondo Cultura Económico.
- LONDOÑO, Rocío y Saldarriaga, Alberto (1994). *La Ciudad de Dios en Bogotá. Barrio Villa Javier*. Bogotá, Fundación Social.
- LONDOÑO, Rocío y Restrepo, Gabriel (1995). *Diez Historias de Vida. "Las Marías"*. Bogotá, Fundación Social.
- MALAGÓN B., Edgar:
- 1981 *Historia del Trabajo Social en Colombia. 1900-1975*. Bogotá, Cuadernos Universitarios , Tecnilibros Ltda.
- 2001 "Hipótesis sobre la historia del trabajo social en Colombia", en *Revista de Trabajo Social*. Bogotá, Departamento de Trabajo Social, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional. No. 3, pp. 11-27.
- MALAGÓN B., Edgar y LEAL L., Gloria (2006). "Historia del trabajo social en Colombia: De la doctrina social de la Iglesia al pensamiento complejo", en Mauricio Archila, François Correa, Ovidio Delgado y Jaime Eduardo Jaramillo (editores), *Cuatro décadas de compromiso académico en la construcción de la nación*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. pp. 407 – 440.
- MILLS, Hazel (1998). "La Charité est une Mère": Catholic Women and Poor Relief in France, 1690 – 1850", en *Charity, Philanthropy and Reform. From the 1690s to 1850*. Cunningham, Hugh and Innes, Joanna (eds). Londres, Macmillan Press. pp. 168-192.
- PERROT, Michelle (1993). "Salir", en *Historia de la Mujeres. Siglo XIX*. Madrid, Taurus Ediciones. tomo IV, pp. 461-495.
- Revista Trabajo Social*, Departamento de Trabajo Social, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional.

SENNETT, Richard (2003). *El Respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo desigualdad* Barcelona, Anagrama.

UDOVIC, Edward R (1993). “What About the Poor?’ Nineteenth-century Paris and the Revival of Vincentian Charity”, en *Vincentian Heritage* 14, no. 1.

WOLF, Stuart (1990). “The poor and how to relieve them: the Restoration debate on poverty in Italy and Europe”, en Davis, J. A. y Ginsborg, P., (eds), *Politics and Society in Nineteenth Century Italy*. Cambridge, Cambridge University Press. pp. 49-69.